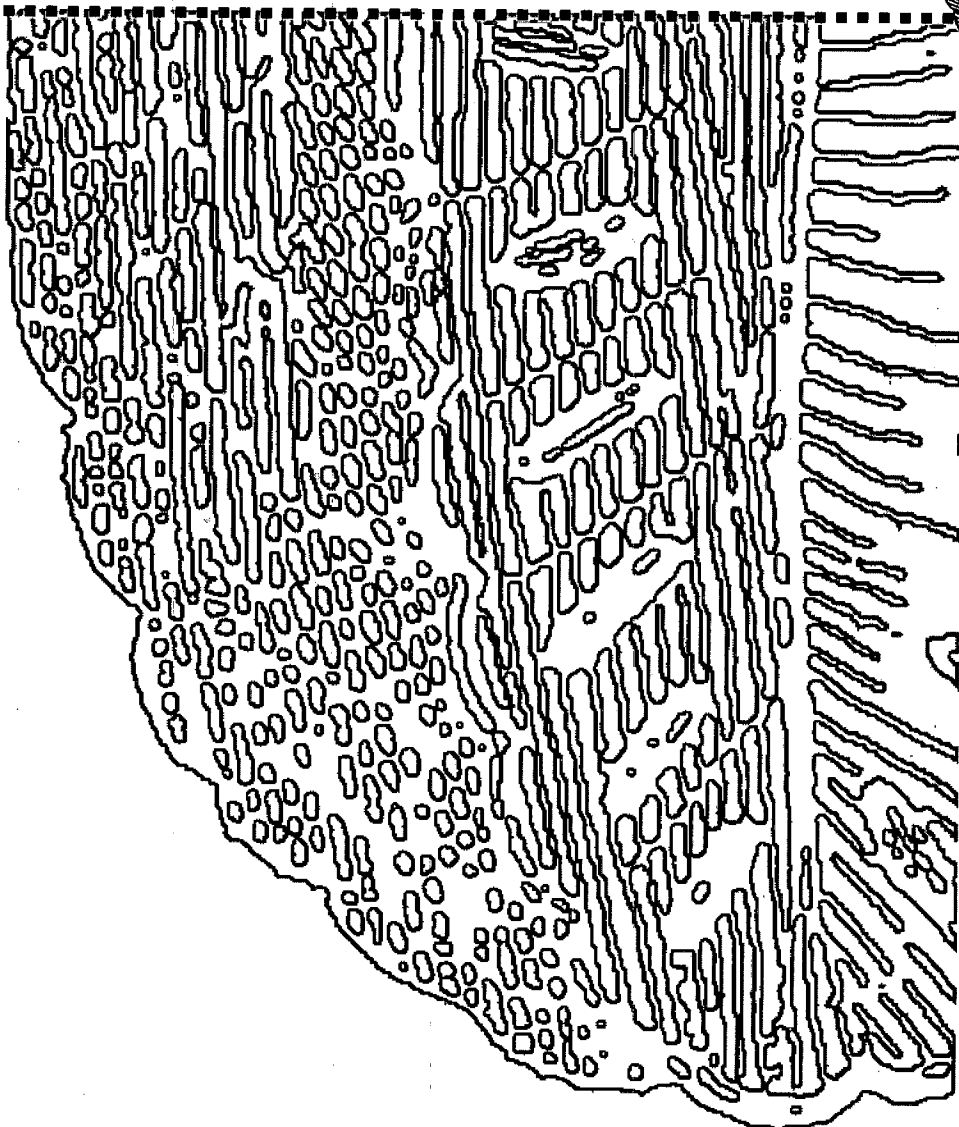
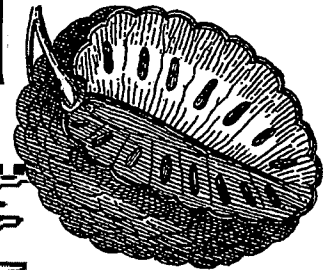


Esta experiencia a mí me entró suavecito, al ritmo de las cosas sencillas. Sin saberlo había un olor que yo no había percibido que me sugería que ahí había mucho mundo, mucha vida.

CESÁREO GARCÍA RODICIO

La flor de la guanábana



A ustedes, queridos lectores, les resultará al menos un poco raro el título de este artículo, y supongo que aún más extraño les parecerá atender a la experiencia personal de un español, voluntario, musiu o lo que sea, en un país como Venezuela, y más concretamente en su trabajo en un barrio caraqueño llamado Catuche. Solamente les quiero contar muy brevemente el relato de un encuentro entre dos mundos, tan diferentes y tan maravillosos los dos. Entre estas páginas de teólogos, economistas, sociólogos, politólogos y gente especializada en el análisis de una realidad tan compleja como la de Venezuela, sólo quiero aportar un simple análisis de mi encuentro con la gente de Catuche. Son muchos los nombres, y las personas, pero lo que quiero remarcar es el hecho del encuentro como tal. Y el único mensaje que quiero transmitir es una invitación a acercarse, a encontrarse con otra realidad, a ver qué hay más allá de donde yo estoy.

Yo era un orgulloso españolito, con su vida más o menos "resuelta", cargado de ilusión y ganas de comerse el mundo, de transformar el sistema, las relaciones injustas, la estructura que oprime y crea pobreza y un discurso muy

bien estructurado sobre las teorías del desarrollo, metodología de proyectos y análisis de la realidad. Eso fue hace tres años, y durante este tiempo solamente me he dado cuenta de que tengo miopía, y bastante fuerte. Sí, sí, miopía, es decir, no veo bien de lejos, sólo veo lo que está cerca de mí. Sólo tuve que entrar por Catuche (que significa Guanábana en lengua Caribe), ahí por Guanábano y caminar despacito subiendo la quebrada, e ir escuchando los esfuerzos, logros y problemas... También se ven personas viviendo y creciendo, en un lugar que les aseguro que yo pensé que no existía, y aún así, se crece, se evoluciona, se lucha... A mí esto me llegó para ver que la realidad no es tal cual yo la creía.

Simple miopía...

Los que tenemos miopía sabemos bien que no es tan grave, simplemente no vemos bien de lejos, pero podemos vivir tranquilamente. Eso sí, tiene dos inconvenientes: cada vez van a más las dioptrías, y no se ve la realidad tal cual es, ni lo bueno ni lo malo. Los miopes, además, pensamos que el mundo es sólo lo que vemos, y que esas manchas borrosas que hay a lo lejos no son, por ejemplo, árboles con ramas, frutos y raíces, sino sólo unas manchas verdes y marrones. Se puede vivir perfectamente suponiendo eso, ¿no?

En mi caso, yo pensaba que el mundo era el mío, el que yo veía de cerca. Yo creía que todo el mundo podía tener acceso fácil a estudiar lo que quisiera, un hospital cerca para ponerte la vacuna contra la gripe, una policía que te saluda con un "buenos días", un papá que te pagaba la universidad, una calle donde jugar con los amiguitos o agua y luz con sólo darle la vuelta al grifo (y grifo, claro)... Yo pensaba que todo el mundo tenía oportunidades y alternativas. Todo esto sin meterme en las condiciones "emocionales" o sociales. Los miopes no vemos la realidad tal cual es, y por lo tanto no podemos aportar muchas soluciones. Sólo vemos al lado de nosotros; a mayor cantidad de dioptrías vemos peor lo que está a lo lejos, y nuestro mundo se reduce, se estruja, en torno a nuestro ombligo.

Yo, como miope, era incapaz de ver que las condiciones de vida condicionan el futuro. Y en esto se puede hablar de circunstancias de habitabilidad, de higie-

ne, de urbanismo, de infraestructuras y, también, de tranquilidad, paz y espacio para jugar y crecer. No todos tenemos las mismas oportunidades. Pero esto ya lo sabía, como miope, ya sabía que había algo borroso ahí adelante, y sí, definitivamente mi cabeza sabía que no todos tiene alternativas para escoger. Simples manchas verdes y marrones. No es lo mismo verlas de lejos que de cerca.

Saben, no ha sido fácil descubrir que el mundo es mucho más grande que mi casa, que mi Galicia (y no es porque sea gallego y no lo entienda) o que mi país, España. Si no hay alguien o algo que le diga al miope que el mundo no es así, simplemente no se entera. Hace falta una experiencia que a uno le permita moverse del lugar en el que se está y caminar un poco y ver que eso que a lo lejos eran manchas verdosas, pues son hojas grandes y llenas de agua y clorofila.

A falta de ojos una buena nariz

Esta experiencia a mí me entró suavemente, al ritmo de las cosas sencillas. Sin saberlo había un olor que yo no había percibido que me sugería que ahí había mucho mundo, mucha vida. Sí, sí, parece increíble, pero es que sólo el olor se te mete sin poder evitarlo. Y fue el olor de la flor de la guanábana...

En realidad, gallego como soy, tres años no me han dado para saber si la guanábana tiene flor o no. Me imagino que sí tiene, porque se huele, se ve el fruto, y porque, después de la convivencia, de trabajar con esas mujeres (sobre todo) y hombres grandes que hay en Catuche uno no puede resistirse al olor fuerte que hay. Y es un olor a flor. Y, fruto de ese olor, y de ese encuentro, pues no sé si ha quedado mucho de nuestro trabajo con instructores de computación, de unidad de consumo, de programa de educación familiar o de simples charlas analizando una realidad tan compleja. Lo que sí les puedo decir es que me he dado cuenta de que tengo miopía, y que el mundo no se ve igual desde un punto que desde el otro. Y no sólo eso, es que después de más de un mes en mi realidad aquí, en España, o de mi experiencia en la Universidad Simón Bolívar (la miopía no es una cuestión geográfica), me doy cuenta de que somos muchos los que padecemos miopía. Y, generalmente, yo creo que muchos de los que pretenden dar soluciones al desarrollo, desde, sus despa-

chos, su formación, su profesión o su ideología propia, son, o somos, miopes. Somos incapaces de ver que no es lo mismo dar soluciones desde dentro que desde fuera. Los miopes pensamos que desde fuera se "ve" todo perfectamente. Nos cuesta encontrarnos con el otro.

A mí ha sido un olor el que me ha llevado a encontrarme con que el mundo que yo veía, no era sino una parte pequeña de todo. Ahora, en cierta medida, veo mejor. Y lo disfruto más. Es cierto que la realidad, suele suceder, es más dura que lo que se cree. Pero yo creo que lo peor, lo que no se puede aguantar es no verla, no sentirla. Lo peor de una persona es que, pudiendo hacerlo, sea incapaz de ver, de oler, de saborear...

Ahora, que soy un poco menos miope, la sensación que tengo es como de realidad. Sé que pertenezco a un mundo con realidades y circunstancias diferentes, un mundo con desigualdades, con diferentes formas de pensar, con injusticias. Este es "mi", perdón, "nuestro" mundo, nuestra realidad. Desde ahí, se le puede encontrar sentido a la vida personal, al trabajo que uno hace, a los retos que se enfrentan.

También es importante saber que nadie sobra, que nadie está de más, que es tan necesario mi esfuerzo, el de ustedes y el de esas mujeres y hombres que tanto se esfuerzan cada día en cambiar las cosas, a pesar de estar en condiciones "complicadas". Somos corresponsables y todos tenemos mucho que hacer.

Al ver la realidad tal como es, nos hacemos partícipes con ella. Yo sé que los mensajes que están bailando continuamente en nuestra sociedad de consumo, ya sea en España, en Venezuela o donde sea, llevan a una anestesia de los sentidos, de la realidad, sobre todo, de la realidad de los que no "valen". A veces he pensado que esta sociedad nuestra está patrocinada por alguna óptica que desea tener a muchos miopes...

Pero no importa, el olor de la flor de la guanábana y de otras frutas, yo creo que irá impregnando todo poco a poco, y que las cosas (las de todos) las transformaremos para mejor. Y nos daremos cuenta de que es cuestión sólo de oler y de ponerse unos lentes.

CESÁREO GARCÍA RODICIO
Ingeniero y ex-voluntario
de Fe y Alegría en Catuche